

sus subordinados? ¿Hay acaso en el ejército una posición difícil, una misión peligrosa ante la cual retroceda, no ya solamente el oficial, sino también el simple soldado? A la menor señal pierde hasta la vida, y es tan frecuente esta heroica obediencia que ya casi no la admiramos. ¿Cuál es el móvil? El deber, la fidelidad, el honor... *Et illi quidem, ut corruptibilem coronam accipiant, nos autem incorruptam* (1). El sacerdote pusilánime ¿cómo podrá hacerse á sí mismo ese reproche sin confundirse?

¡Oh buen Jesús, quiero desde luego modelar mi obediencia según la vuestra! Vos me habéis abierto los ojos, yo os doy gracias por ello. Cuando sienta alguna repugnancia en obedecer, me figuraré que me decís: *Quid magnum, si tu, qui pulvis es et nihil, propter Deum te homine subdis, quando ego, Omnipotens et Altissimus, qui cuncta creavi ex nihilo, me homini propter te humiliter subjeci?* (2). Temeré en adelante perder vuestra gracia y amistad en cuanto me aparte de Vos, dejando de practicar una virtud que tuvisteis en mayor estima que la misma vida. *Qui se subtrahere nititur ab obedientia, ipse se subtrahit a gratia* (3).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Obediencia religiosa y filial en su causa.* Tal ha sido la de Jesucristo sometándose á débiles criaturas. El veía en ellas sólo la autoridad de un Dios á quien veneraba, y de un Padre á quien amaba. Procuremos que nuestra obediencia tenga este doble carácter. Que sea fruto de nuestra fe. Si en la persona de nuestros superiores miramos sólo á Dios, recibiremos sus órdenes con respeto; y las ejecutaremos con una confianza filial, amando á Dios en aquellos que el representan.

(1) I Cor., IX, 25.

(2) Imit., l. III, c. III.

(3) Imit., l. III, c. III.

PUNTO SEGUNDO.—*Obediencia pronta y simple en su ejecución.* Desde el momento que consideremos á Dios en la persona de nuestros superiores, nuestra obediencia será pronta y mezclada de alegría. La obediencia forzada es una flor marchita. Dichoso el sacerdote que sea digno de que el divino Salvador le presente á su Padre y diga de él: *me obedeció al momento que oyó mi voz.*

PUNTO TERCERO.—*Obediencia universal en su objeto.* Debe abarcar mis acciones, mi voluntad, mi juicio, todos mis instantes, excluyendo solamente el pecado. La verdadera obediencia nada cercena de lo que le ha sido mandado, y no ofrece las hostias mutiladas; jamás concluye, si es preciso, la letra comenzada. Es ciega, y en su ceguera hace consistir su sabiduría. Se extiende á cualquier superior por muchos que sean sus defectos. El buen sacerdote desea ser hasta el fin como un niño en manos de la obediencia.

MEDITACIÓN XLI

Progresos del buen sacerdote en la perfección: Jesus autem proficiebat..... coram Deo et hominibus
(Luc., II, 52).

I. El buen sacerdote adelanta cada día en gracia delante de Dios.

II. El buen sacerdote adelanta cada día en gracia delante de los hombres.

PUNTO I

Continuos progresos del buen sacerdote en la santidad interior

En Jesucristo este progreso era sólo aparente, pues desde el mismo y primer instante de su encarnación poseía ya todos los tesoros de la ciencia, sabiduría y de una santidad infinita; pero el adelanto en sus ministros debe ser real y verdadero. Por la imposición

de las manos no hemos recibido la plenitud de los dones celestiales; nuestra santificación debe ser obra de todos los días. La ley del progreso espiritual que atañe á todos los cristianos: *Estote perfecti, sicut et Pater vester cælestis perfectus est*, obliga de un modo especial á los sacerdotes con más fuerza que á los simples fieles. Dios desde luego no nos pide imposibles; por lo tanto, cuando nos presenta su propia perfección como blanco al cual debemos dirigirnos, y como único término de llegada, no quiere sólo indicarnos que en cuanto á perfección nunca debemos decir basta, sino que debemos aspirar siempre al mayor grado posible: *Amulamini charismata meliora?* (1). *Quæ quidem retro sunt obliviscens, ad ea vero quæ sunt priora extendens me ipsum* (2).

En tan sublime vocación como la nuestra el no aspirar siempre á más alta perfección es, sin duda alguna, un gran defecto. *Perfecti vel antistitis vitium esse existimet, novas subinde virtutum accessiones non facere* (3). Esta hambre y sed de justicia que, según la promesa del Salvador, tendrán luego por recompensa una felicidad eterna, suponen un ardiente deseo de siempre mayor perfección y continuos esfuerzos para llegar á alcanzarla. Persuadámonos que cuando no tenemos deseos de adelantar, retrocedemos: *Nolle proficere, nonnisi deficere est* (4). Si la santidad del hombre justo debe ir siempre en aumento: *Justorum semita, quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectam diem* (5) ¿qué no deberá exigirse del que es el modelo y guía de los justos?

¿Es posible ¡oh Dios mío! que tan abundantes gracias como me prodigáis, una sola de ellas, la Comunión cotidiana, encierra un poder de santificación realmente infinito, es posible, repito que tan continuados favores divinos, no den otro resultado que el

(1). I Cor., XII, 31.

(2). Philipp., III, 13.

(3). San Gregorio Nacianceno. Orat. I.

(4). San Bernardo. Ep. 254.

(5). Prov., IV, 18.

hacerme estacionario en el camino de la virtud? ¿Por qué cada prueba de amor que me prodigáis no sirve para acrecentar mi reconocimiento? ¿Por qué cada favor que de Vos recibo cuando os dais todo á mí en el Augustísimo Sacramento, no sirve para disminuir mis imperfecciones, aumentar en mí vuestra vida, imprimir en mi alma algún nuevo rasgo de vuestra semejanza, borrando cada vez más la imagen del Adán terreno?

Mientras tanto ¡ay! en qué estado me encuentro todavía! Mis progresos en los caminos del Señor, después que El se ha dignado admitirme en el número de sus ministros ¿ha sido, según la expresión del Espíritu Santo, semejantes á los del sol, que crece y aumenta su luz y calor hasta que llega el mediodía? Si traigo á mi memoria y quiero poner en parangón el presente con el pasado ¿no me verá quizás en la dura precisión de reconocer que tengo ahora menos inocencia, menos piedad, menos fervor, menos celo por la gloria de Dios y la salud de mis hermanos que tenía en los primeros años de mi sacerdocio? ¡Oh alma mía! ¿Serás tú acaso aquella viña ingrata de que se queja amargamente el Señor, porque no correspondió á sus desvelos, ni satisfizo sus esperanzas? *Expectavit ut faceret uvas, et fecit labruscas* (1).

PUNTO II

Progreso del buen sacerdote en la santidad exterior

A medida que Jesús adelantaba en años manifestaba progresivamente la perfección que había en El; su santidad resplandecía cada vez más en su rostro, en su porte, en sus palabras y en todos sus actos. Realizaba de continuo acciones progresivamente más elevadas de modestia, prudencia, humildad, religión para con Dios, y de caridad para con los hombres....

(1) Is., V, 2.

En esto los buenos sacerdotes procuran imitarlo. Aumenta su edificación delante de los hombres á medida que crecen en virtud delante de Dios. La santidad interior es el principio de la santidad exterior, la segunda es efecto de la primera y tienen las dos tan estrecha trabazón entre sí, que no pueden existir la una sin la otra, lo mismo que no puede existir el olor sin el perfume, ni el perfume sin olor.....

Entrad seriamente dentro de vos mismo y recibid con reconocimiento las luces del Espíritu Santo. Os resultan tanto más útiles, cuanto que iluminándoos os humillan y confunden. ¿Habéis hecho hasta ahora verdaderos progresos en esas virtudes propias del sacerdote que tan poderosamente contribuyen á la edificación del prójimo, cuales son: la paciencia, la dulzura, la firmeza de espíritu y suavidad de carácter?... San Gregorio hace votos: *Ut quisquis sacerdoti jungitur, æternæ vitæ sapore condiatur* (1). ¿Habéis comunicado hasta ahora este deseo de la vida eterna á todo aquel que se acerca á Vos? ¡Oh Señor! si hubiera estado animado de vuestro espíritu ¿cuántas almas habría conducido á Vos, impulsadas por el dulce perfume de vuestras virtudes!

Para prepararos á la Santa Misa, reconoced á los pies de Jesucristo vuestra propia indignidad, viéndoo siempre tan atrasado en el camino de la perfección sacerdotal. ¿Cuáles pues, son los obstáculos que habéis opuesto á los designios de su misericordia para con Vos? ¿Cuántas veces le habéis obligado á cerrar los tesoros de su Corazón, cuando precisamente Él venía á visitaros para enriqueceros con bienes inefables de su divino espíritu? Pedidle perdón y la gracia de aprovecharos mejor de la Santa Misa que vais á celebrar. En vuestra acción de gracias, rogad á este Amigo generoso que os ponga en estado de glorificarle siempre, creciendo continuamente en gracia y santidad delante de Dios y de los hombres: *Sic luceat*

(1) Homil., 17, in *Evang.*

lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cælis est (1). «De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos».

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Continuos progresos del buen sacerdote en la santidad interior.* La ley que Jesucristo impuso á todos, *Estote perfecti, sicut et Pater vester caelestis perfectus est*, se refiere más directamente á los sacerdotes que á los simples fieles. En un estado como el nuestro, el no aspirar continuamente á más alta perfección es un verdadero atrazo; si la santidad del justo debe ir siempre en aumento, *Iustorum semita..... procedit et crescit* ¿pedirá menos de aquel que debe ser el modelo y guía de los justos? ¡Oh señor! tantas gracias como me prodigáis ¿no surtirán otro efecto que el hacerme estacionario? ¿En qué grado me encuentro?

PUNTO SEGUNDO.—*Progresos del buen sacerdote en la santidad exterior.* Jesucristo manifestó progresivamente el tesoro de santidad que en Él se encerraba; el buen sacerdote debe crecer á ejemplo suyo continuamente en edificación delante de los hombres. La santidad exterior es efecto de la santidad interior; es el olor del perfume. *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum qui in cælis est.*

(1) Matth., V, 16.

MEDITACIÓN XLII

El mejor medio para hacer rápidos progresos en la santidad es hacerlo todo con la mayor perfección posible

- I. Cómo ha practicado el Salvador esta máxima.
- II. Razones que nos deben persuadir á practicarla.

PUNTO I

Jesucristo daba á todas sus acciones toda la perfección de que eran susceptibles

Sólo de El se pudo decir con toda verdad en cada momento de su vida, ora que trabajase con sus propias manos en el taller de San José, ora que hiciese brillar su poder y su caridad con hechos maravillosos: *Bene omnia fecit*. Hermoso elogio que en solas tres palabras encierra el homenaje más completo á su santidad, sabiduría y bondad.

Todo lo hizo con infinita *santidad* interior y exterior; nunca hubo sombra de defecto en una sola de sus acciones consideradas ya en cuanto á la sustancia ó ya en cuanto al modo. Siempre y en toda ocupación era digno, así en la tierra como en el Cielo, del cántico de los ángeles. *Sanctus, Sanctus, Sanctus*.

Todo lo hizo con infinita *sabiduría*, con un orden admirable, conformándose siempre así en las cosas pequeñas como en las grandes á la voluntad de su Padre y á los deberes de su estado; cuando niño hablaba y obraba con la perfección propia de la infancia, y lo mismo en las otras edades. Sabía acomodarse á todas las circunstancias, haciéndolo todo cuándo y cómo convenía hacerlo. Nunca se le vió entregarse al trabajo en el tiempo consagrado á la oración, ni á la oración en el tiempo consagrado al trabajo.

Lo hizo todo con infinita *bondad*, refiriéndolo todo á la mayor gloria de Dios y provecho de las almas.

Sabía muy bien que multiplicando los actos de adoración, obediencia y anonadamiento de sí mismo, aun en los menores detalles de su conducta, satisfacía más plenamente á la divina gloria ultrajada por el pecado, aumentando de este modo el tesoro de méritos y gracias que preparaba á los hombres, para hacerles más fácil su salvación. De ahí ese continuo esmero en hacer bien todas las cosas.

¡Oh, cuán rápidos progresos haríamos en la virtud si siguiéramos fielmente estos principios, purificando todas las acciones, aun las más ordinarias, de toda imperfección conocida, practicándolas lo mejor que nos sea posible; si aspirásemos á formar el corazón, regulando nuestros modales, el exterior é interior, según el gran precepto del amor de Dios y del prójimo; si buscáramos la santidad donde realmente se halla, es decir, en la unión con Dios mediante el cumplimiento de su voluntad en el estado en que nos ha colocado, en lugar de ir en busca de una perfección imaginaria, fuera de la senda que á El le plugo trazarnos!

Cada una de mis acciones, si está bien hecha, me hace más agradable á Dios, acrecienta en mí la caridad, fortalece mis buenas inclinaciones, debilita las malas, y me consigue nueva gracia y mayor facilidad para las obras buenas; y de este modo se forman y arraigan las santas costumbres. Porque así como el mal conduce al mal, del mismo modo el bien arrastra al bien; y hé ahí cómo las pequeñas virtudes nos conducen á las grandes, los actos más comunes á otros más heroicos. Pero si no poseo ni esa fortaleza de espíritu ni ese imperio sobre mí mismo que me permite ser dueño absoluto de mis acciones y no esclavo de ellas (1), ni esta ardiente voluntad, fruto de la fe viva sin la cual lo mejor que puedo hacer resulta siempre lleno de defectos ¿por qué me mara-

(1) *Fili, ad istud diligenter tendere debes, ut in omni loco et actione.... sis intimus liber et tui ipsius potens, et sint omnia sub te, et tu non sub eis: ut sis dominus actionum tuarum, et rector, non servus.* (1mit., l. III, c. XXXVIII).

villo de verme siempre tan alejado de Vos ¡oh Dios mío! aproximándome hacia la tumba, y no hacia vuestro amor?

PUNTO II

Razones que nos obligan á hacer nuestras más ordinarias acciones con la mayor perfección posible

1.º Estas son: la voluntad de Dios, su grandeza y su dominio soberano. La voluntad: *Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra* (1). Ahora bien, ya lo hemos meditado; nuestra santificación y salvación dependen de nuestras obras: según que éstas sean buenas ó malas serán dignas de premio ó castigo, siendo uno y otro eternos. Dios quiere que imitemos en todo lo que esté de nuestra parte su manera de obrar, pues El se nos propone como modelo: *Estote perfecti, sicut et Pater vester celestis perfectus est*; ahora bien, su esencial y única manera de obrar es hacerlo todo con la mayor perfección: *Est mos Dei, quod omnia opera sua in summo bene facit* (2). Hé ahí porqué nos manda sobresalir en todas nuestras obras, lo que supone cuidado especialísimo para hacerlas bien: *In omnibus operibus tuis præcellens esto* (3). Su infinita grandeza así lo exige. Es una deshonra para el Señor el que se ponga tan poco cuidado ó haya tan poco desprendimiento en servirle: y Dios nos declara que maldice á los que hacen sus obras con negligencia (4). Añadamos á todo esto que siendo absoluto el dominio que Dios tiene sobre nosotros, todas nuestras acciones le pertenecen, con el mismo título las más ordinarias que las de mayor consideración; son todas honenajes de nuestra dependencia, ó como dice la Iglesia, ofrendas de nuestra servidumbre: deben, pues, ser todas dignas de El, y darle toda la gloria que le es debida.

(1) I Thess., IV, 3.

(2) Santo Tomás, Opusc. de nor. divin.

(3) Eccli., XXXIII, 23.

(4) Jerem., XLVIII, 10.

2.º Nuestro amor á Jesucristo. Nada le es más grato que vernos ocupados en hacer santamente y con la mayor perfección nuestras acciones más ordinarias. Con esto nos asemejamos más á El, vivimos su propia vida, cumplimos sus más ardientes deseos que son el glorificar á su Padre por medio de nuestras acciones, como El lo ha glorificado por las suyas á fin de que, unidos los miembros con su jefe, se consagren todos enteramente á esta divina gloria: precisamente por esto nos da El su gracia y obra en nosotros y con nosotros. Si mi obra resulta mal hecha ó con muchos defectos, Jesucristo no ha podido sacar de su gracia todo el fruto que deseaba, y de mi cooperación todo el consuelo que El esperaba.

3.º Excelencias y valor de una acción bien hecha. El orden sobrenatural y eterno sobrepuja incomparablemente á todo aquello que no sale del círculo de la naturaleza y del tiempo. El más insignificante acto de virtud cristiana, fruto de un alma justa, la señal de la cruz hecha con atención, el nombre de Jesús pronunciado con devoción..... menos aún: un paso, una mirada animados de un motivo santo..... todos estos actos tan pequeños en sí, realizados por la fe y la gracia que son su principio, agradan más á Dios, le dan más gloria que todos los actos puramente materiales de las demás criaturas pasadas, presentes y futuras. ¿Qué galardón no recibiremos en el Cielo por tan pequeñas, pero por su fin santas acciones que tan poco nos cuestan y que no han durando sino algunos instantes? San Pablo nos lo dice: *Æternam gloriæ pondus* (1), y San Bernardo añade que nuestras obras son semilla para la eternidad: *Semina æternitatis* (2). Así como la semilla contiene al árbol y al fruto, así en cada una de nuestras buenas obras se encierra la gloria eterna ó un aumento de esta gloria. ¡Oh Dios mío! ¿Puede alguien amarnos y amarse á sí mismo sin que su corazón se llene de alegría ante este pensamiento: «por esta buena acción que yo voy á hacer

(1) II Cor., IV, 17.

(2) Ser. 15 ad cler.

os veré con más claridad, os amaré con más ardor, os poseeré con más fruición por toda una eternidad....?

Bendito seáis una y mil veces ¡oh Señor! que me habéis procurado tantos y tan sencillos medios de santificación y salvación. No, mi negligencia ya no tiene excusa. Si todavía tuviese la osadía de decir que encontraba dificultades para llegar á la perfección que esperáis de mí, podríais sin duda decirme que esta perfección está en mi mano (1), porque para alcanzarla no tengo ni siquiera necesidad de cambiar de ocupación: me basta practicar bien mis acciones ordinarias. Cabe dicha perfección en todas las que ejerzo cada día, las cuales son inseparables de mi condición de hombre, sacerdote y pastor. En todo estado es menester que ore, que ofrezca el Santo Sacrificio, que ejerza mis varias funciones; que trate con el prójimo, que estudie, que tome descanso y comida para reparar mis fuerzas, etc. Supuesto que es forzoso que yo ejecute estas acciones ¡qué ceguera no sería la mía ¡oh Dios mío! si en vez de hacéros las agradables, aplicándome á hacerlas bien y depositar en cada una de ellas el germen de bienaventurada inmortalidad, las condenara mi tibieza á una completa esterilidad, privándoos á Vos de la gloria que os resultaría y á mí de la felicidad como fruto de mis esfuerzos!

Dentro de breves momentos voy á celebrar la santa Misa, cuya nobleza y santidad son infinitas, y esta sublime acción ¡cuántos actos, pequeños en apariencia, no encierra! Cuántos movimientos de manos, inclinaciones de cabeza, actitudes, palabras.... Si al terminar tan Augusto Sacrificio los ángeles que allí han estado contemplándome pueden decir de mí: Todo lo hizo bien; *Bene omnia fecit* ¡qué bellos serían ante vuestra presencia ¡oh Dios mío! los instantes que allí hubiera yo pasado, y qué recuerdo tan glorioso dejarían en los anales de mi existencia!

(1) *Mandatum hoc.... non supra te est, neque procul positum.... sed justa te est sermo valde.* Deut., XXX, 11, 14).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Jesucristo dió á cada una de sus acciones toda la perfección posible.* Sólo de El se pudo decir con toda verdad: *Bene omnia fecit*, todo lo hizo bien. Con infinita *santidad*, sin sombra de imperfección. Con infinita *sabiduría*, conformándose en todo á los designios de su Padre, á los deberes de su actual estado. Con infinita *bondad*, refiriéndolo todo á la mayor gloria de Dios, y á nuestro mayor provecho. Muchos progresos pues, haríamos siguiendo estos principios, puesto que podríamos dirigir nuestro corazón, nuestra mano, el interior y el exterior, según el gran precepto del amor de Dios y del prójimo. ¿Buscamos la santidad donde realmente se halla, esto es, en el estado en que la Providencia nos ha colocado?

PUNTO SEGUNDO.—*Razones que deben movernos á hacer todas nuestras acciones con la mayor perfección posible.* La voluntad de Dios: El quiere que seamos santos, y nuestra santificación depende de nuestras obras. Su grandeza infinita: se deshonor al dueño cuando se pone poco cuidado ó hay poco desprendimiento al servirle. Nuestro amor hacia Jesucristo. Nada le complace tanto como vernos ocupados en hacer bien nuestras más ordinarias acciones. Con esto nos asemejamos más á El y vivimos su misma vida. La excelencia de una obra bien hecha y los frutos inapreciables que de ella recogemos. Medida colmada de gloria. Bendito seáis, Señor, que me habéis facilitado de tal manera la perfección que esperáis de mí.